La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 13 de julio de 1891 — Núm. 498

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA HAMACA, cuadro de Van Den Bos

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La emperatriz Eugenia. – Trágicos y terribles contrastes. – La Providencia y la Historia. – Un libro de la duquesa de Alba. – Grandezas militares. – Muerte de María Buchental. – Carácter de esta eximia señora. – Las Academias nacionales y las damas españolas. – Propósitos de presentar á Carolina Coronado y á Emilia Pardo Bazán en la Española. – Una comedia de Aristófanes como advertencia y recuerdo á los varones académicos. – El realista Zola converso al idealismo y del idealismo catecúmeno. – Su ópera *El ensueño*. – Santa Isabel de Hungría desvestida en cuadro religioso. – Escándalos. – Reflexiones. – Conclusión.

I

Una especie de aparición ha discurrido estos días últimos por la capital de Francia, despertando trágicas memorias. Me refiero á la emperatriz Eugenia. París acaba de verla envuelta en sus lutos como en el respectivo sudario un cadáver; á los años y á los desengaños encanecida; con su muleta en la mano, apoyando un cuerpo decrépito y temblón; la faz arrugada, la frente nubladísima, encorvado el esternón, desfigurada la cintura, perdido el antiguo aire de arrogancia castellana, semejante á las almas en pena de los cuentos campestres, venidas del otro mundo al tañido del bronce litúrgico que pide rezos para los muertos en las largas noches invernales. Ella, destronada y solitaria, sin esperanza ninguna de restaurar el trono deshecho por las tormentas populares ni de rever la dinastía dispersa por un hado enemigo, recorre los espacios de donde ha desquajado la cólera revolucionaria los templos de su fortuna, y pasa por los sitios donde su hijo malogrado jugueteaba con una corona y un cetro, cuyos vislumbres cegaban los ojos de la madre y de la emperatriz con promesas de poder en una perdurable regencia. Cuando haya visto las Tullerías desvanecidas á manera de fugaz decoración teatal, cómo habrá comparado su desvanecimiento á la pérdida y ruina de tantas y tantas ilusiones cual fueran en días ya devorados por la eternidad á regalar sus oídos y endulzar sus labios. La iglesia de Nuestra Señora le habrá recordado sus nupcias, que traían á las mientes los festejos aparatosos y las curias cortesanas del primer César; aquel Teatro de la Opera, los espectáculos y representaciones que allí apercibían á Europa entera sus pomposos ensueños; el Campo de Marte, cuando iba seguida por una cohorte de soberanos reinantes, quién á las orillas del Bósforo, quién á las orillas del Neva, en una procesión casi fantástica, repartiendo los lauros verdes é incruentos del debido premio á los esfuerzos gigantes de la industria y del trabajo universal. Aquellos regocijos y estos lutos, la púrpura de ayer y la estameña de hoy, los brillantes que relucían en sus trenzas y las lágrimas que ruedan por las mejillas, tanta corte compuesta de reyes y esta posada solitaria por cuyos ámbitos aparece algún amigo como evocado de otro mundo, las frentes que se inclinaban sumisas y los ojos que relampaguean iras terribles, concluyen por componer contrastes cuya contemplación enseña la perennidad nunca interrumpida del dolor trágico en nuestra especie. Y francamente, aseveramos del viaje de la napoleonida emperatriz á Francia lo mismo que aseverábamos del viaje á Francia de la emperatriz Victoria, pues en tanto que recuerda la una el imperio vencedor al empuje de la guerra sobre Francia, la otra recuerda el imperio que rindió al extranjero Francia por irreflexiva traición ó por imperdonable cobardía. Incomprensible para mí que señoras de una delicadísima epidermis, de una sensibilidad tierna, susceptibles de toda clase de impresiones, con cierta nerviosa irritación á su educación y á su sexo casi congénita, muy adivinadoras por tiernas y delicadas, olviden los recuerdos que levantan en París con su presencia y no escuchen las voces de maldición y los sollozos de llanto despedidos por la tierra que sus pies huellan sembrada de innumerables humanas víctimas, á cuya reconvención silenciosa debían estremecerse todas sus entrañas. Pero ¿qué remedio? Eugenia no pudo nunca resignarse á lo vulgar y ordinario en la vida. Gustábale, como al águilla el picacho eminente y aislado, á ella la singularidad maravillosa. Imposible recorrer un monumento, una montaña por la emperatriz también recorridos, que no guarden algún recuerdo patente de que llegó á la cúspide más elevada y al sitio más peligroso. Una de sus más brillantes cualidades fué, sin duda, el valor, y el valor temerario. Ascender, ascender siempre, á la continua, casi era en su complexión como el vuelo en las aves. Otras almas de mujer piden alas de ángel á la oración y entran en los místicos cielos de la viva fe. Eugenia, más de su tiempo, no quería volar, sino subir el repecho de la fortuna con esfuerzo, con anhelo, hasta con violencia. ¿Cuál era por 1852 el sitio más elevado de nuestra Europa? El trono de Napoleón III. Pues en cuanto se acercó al escalón primero de tal eminencia, y vió su altura, propúsose con resolución inquebrantable subir á la cima. Napoleón, inclinado á las idealidades vagas, á los ensueños inverosímiles, á los planes fantásticos, á mil descabelladas propensiones, acrecentadísimas en los ejercicios del poder supremo y absoluto, había menester una esposa capaz de combatir sus tendencias á lo milagroso, casera y económica, de poca poesía en el magín y de mucha previsión en el sentimiento; una esposa que lo apaciguase mucho en vez de impelerlo á todo; que le atajase las ambulaciones erráticas por los fantaseos continuos, atándolo á la piedra del hogar, donde hubiese aprendido la vida y la política reales; que le presentase los hijos como lastre á sus ambiciones y lo divirtiera de aventuras, en todas partes dañosas, pero más en las cumbres guardadoras de la suerte de los pueblos y por lo mismo erizadas de tremendas responsabilidades históricas. Una mujer de su casa necesitó Napoleón III. Pero esa hija de Andalucía, hermana de las huríes orientales, con la sangre de una Ofelia en sus venas y el fuego de las Alpujarras en su fantasía, nacida en tierras donde la naturaleza parece un poema vivo y criada en la nación de los espejismos del alma y de las aventuras increíbles engendradas por excesos casi de no imaginadas heroicidades, en vez de calmar el genio y el carácter inquietos de Napoleón III, debía poner en sus ensueños del Norte y en sus vagas nebulosidades germánicas y en su idealismo puro y abstracto el relieve de nuestras formas plásticas, el toque muy encendido de nuestra luz meridional, el hueso y la carne y los músculos y la caldeada sangre de nuestra complexión heleno-semítica, la cual apenas ha concebido una idea en la pura inteligencia ¡oh! se atreve á encarnarla en la impura y viciosa realidad. Por ende la ocupación de Roma, por ende la guerra prusiana. Respetemos el dolor y recojámonos con religioso miedo ante los designios de la Providencia y los juicios de la Historia.

II

Dos nombres del sistema solar de la emperatriz Eugenia en estos días han brillado; el uno por los crepúsculos matutinos de la juventud y de las letras, mientras el otro al anochecer de la vida, es decir, en el último y supremo crepúsculo que precede á las eternas sombras. Hablo de Rosario Alba y de María Buchental, como sus amigos y devotos las llamaremos siempre. Hija de una Cervellón, Rosario me recuerda, cuanto voy á la ilustre casa de mis amados amigos, sus padres, la torre señorial de sus abuelos, la torre de aquella Elda incomparable, á cuya sombra pasó mi lejana infancia, en territorio de ciudadanos libres hoy, ayer terruño de vendidos siervos. Y á esta nobleza de su madre une por su padre la célebre de los Moras, que tanto poder tuvieron en tiempo de Carlos V y de Felipe II, así como por su marido la encumbradísima de los Alba junta, merced el Ducado de Berwich y el apellido de Estuardo, con derechos históricos, que fueran privilegios respetados en otros tiempos, al trono de Inglaterra, muy análogos con los que tiene la noble familia de los Lacerdas al trono de nuestra España. Y digo todo esto, y todo esto recuerdo, magüer mis ideas republicanas y democráticas, para loar y encarecer el sobresaliente mérito patentizado por la consagración desde tales alturas al trabajo porfiadísimo de los historiadores y de los cronistas. Por manera que Rosario, no solamente caza como Diana en sus bosques, y danza como las Muzas en sus palacios, y tañe su piano como las reinas medioevales del amor y de la poesía pudieran tañer guzlas y vihuelas con áureo plectro; entra en los hondos archivos en que guarda los timbres más preciosos del viejo tiempo histórico, escribiendo prólogos de verdadera maestría histórica al frente de curiosos papeles escogidos y recopilados por ella con sumo arte y con exquisito gusto. El encanto supremo de todos estos papeles históricos proviene del contraste brusco entre lo magno de tales sucesos y lo pequeño de las minuciosidades á que nos condena la vida vulgar y diaria. El sitio de Granada, el encuentro ciclópeo de Mulberga, la muerte de María Estuardo, los reinados trascendentes al mundo entero de María é Isabel Tudor en Inglatera, la campaña de Flandes, los litigios entre nuestro imperio español y el pontificado ejercido por adversarios nuestros tan implacables como Caraffa, ó sea Paulo IV; la educación del fantaseado príncipe D. Carlos y de aquel otro príncipe que triunfara en las aguas de Lepanto, la muerte y desaparición del rey don Sebastián en las arenas líbicas, el restablecimiento de nuestro Estado en Portugal y la invención de América; tantas grandezas, vistas en particularidades casi domésticas de comunicaciones casi privadas, toman algo del carácter que tienen las multicolores miniaturas en los viejos cartularios y en los libros litúrgicos. No puede nunca loarse cual merece la devoción de Rosario Alba por antepasados suyos, que tuvieron la estatura de titanes y modelaron á sus plantas el viejo y el nuevo mundo. Su delicada mano de mujer, colocando estas armaduras y estas lanzas y estos machetes de las guerras entre los hombres en volúmenes de Historia, principalmente militar, pone sobre todos ellos algo de las exquisitas cinceladuras con que repujaron y hermosearon el acero los dedos mágicos de Arfe, Guiberti ó Benvenuto. La elegancia suprema, la distinción verdaderamente aristocrática, el gusto de una gran dama española, se revelan desde la encuadernación y la portada que huelen á miñonísimo tocador, sin detrimento ni mengua de la ciencia. Joven Rosario, como es un ornato inapreciable hoy de nuestra sociedad, puede ser mañana una maestra en la patria historia. Y bien hemos de tan preciosos ornatos menester, cuando á diario nos los arrebata la muerte, que todos los días aniquila ó una simiente ó una flor ó un fruto. ¡Cómo nos ha cruelmente á todos herido hiriendo á María Buchental, tan amada por sus amigos! Aquel sano regocijo suyo, aquella conversación interesantísima, el eco de su voz melodiosa, la prestancia de su figura escultórica, el arte sumo con que se vestía en sus buenos tiempos obedeciendo á sentimientos estéticos, la presidencia de honor que le daban todos en sus literarias tertulias, el consuelo que cada cual recogía en las penas y el estímulo en las tareas diarias dábanle prestigios y privilegios sociales de los más altos y de los más sólidos, fundados sobre los propios méritos y el universal reconocimiento de ellos y no sobre ficticias y convencionales alcurnias. Lástima grande que María, la tolerancia y la discreción y la inteligencia en persona, incapaz de malherir á nadie ni de atizar pasiones políticas, hubiera en los últimos días de su vida exaltádose por la revolución imposible y utópica, en términos que dominaron su salón los insufribles sectarios á cuyas intransigencias ahuyentáronse de allí sus mejores y más devotos amigos. ¡Descanse tan excelente señora en la paz de Dios!

III

El ejemplo de Rosario Alba será seguido por Carmen Guaqui, así como por otras muchas de nuestras primeras damas, bajo cuyas múltiples llaves domésticas enciérranse hoy cien secretos históricos. Y al ver esto, ha comenzado un movimiento de opinión favorable al ingreso de las señoras en los institutos literarios y científicos de primer orden. Hay quien propone á las supradichas para tan útil Academia como la que vigila nuestra Historia, y hay quien propone otras para la que lleva el título más moderno y prosaico de Academia de Ciencias Morales y Políticas. Nunca olvidaré, nunca, el ruido que se armó cuando yo propuse la reparación de una grande ingratitud cometida con poetisa tan dulce y melodiosa como Carolina Coronado, cuyos versos hicieran la lengua nuestra tan música, nombrándola desde luego y uniéndo á este nombramiento el de una escritora que posee vocabulario tan copioso y estilo tan bello como la brillantísima Emilia Pardo Bazán, cuyas obras constituyen hoy una especie de literatura entera por lo diversas y por lo importantes. Creedlo: las lenguas, como las letras, tienen su lado femenino, del cual no

pueden separarse por sistema sin dejar incompleto su carácter. ¿Quién duda que la mujer, como madre, sabe decir á los niños, por ejemplo, palabras cariñosas en diminutivos casi gorjeados por su canora garganta y esmaltados por sus dulces labios, las cuales

Estatua yacente del frontispicio oriental del templo de Júpiter en Olimpia
(Véase la descripción)

palabras cariñosas no se le ocurren á un hombre jamás, aunque las rebusque con la paciencia de un benedictino en todos los léxicos del mundo? La resistencia de muchos á incorporar las señoras ilustres en los cuerpos literarios me recuerda una célebre comedia de Aristófanes, que lleva por título Lysistrata, y cuya evocación encaja en este asunto como anillo al dedo. Lysistrata personifica el dolor sentido por Atenas allá en su interior, viendo la despoblación de sus ciudades, la triste aspereza de sus campos, la mengua de su nombre, la viudez de sus hijas, por causa de güerra nutrida de las pasiones populares. Y cansada de su hogar vacío, de su lecho solitario, de su mesa destituída del goce superior entre todos los goces domésticos, de la conversación y coloquio con los seres amados, recuerda la importancia suya, así en lo político cual en lo particular, y se propone aprovecharla en pro de su Atica triste y yerma. Lysistrata quiere decir licenciamiento de tropas. Y puesto que los hombres abrazan el estado belicoso, abraza ella el estado pacífico. Con este fin propio, con el fin de procurar la paz, expide su convocatoria correspondiente para entenderse contra los hombres á todas las mujeres. Por espacio de algún tiempo nadie la oye. Si á una fiesta de Pan citara llena de festines y á una fiesta de Baco llena de borracheras y á una fiesta de Venus llena de crápulas, todas marcharan solícitas en requerimiento y busca de múltiples emociones; pero como las cita y llama en bien de la patria, no acude ninguna. Al cabo, la primera en acudir oye las invectivas de Lysistrata por su retraso, y procura desvanecerlas, diciéndole cómo las mujeres no pueden acudir á las citas con aquella facilidad que los hombres, ocupadas en despertar el esclavo remolón, en vestir al niño lloroso, arreglar las cuentas del día, barrer las estancias empolvadas, lavar los rostros sucios: largas é inevitables futilezas. Pues he ahí lo que trata Lysistrata de impedir; el empleo de la mujer en oficios vulgares, cuando reunidas pueden evitar á Grecia la mayor entre todas las plagas imaginables, la plaga de una guerra. Nada ya de recluirse dentro de casa, perfumarse con pastillas orientales, vestirse de amarillo, calzarse peribarides, adobarse con mixturas el rostro y la piel con pomadas; todo esto debe ceder al deseo de servir á una patria tan hermosa como Grecia y sacarla de su terrible cruenta lucha. Por fin las mujeres oyen tales reclamos y se aperciben á congregarse un día dado, yendo de todos los puntos del territorio griego á la madre Atenas. Aunque despiertas muy de mañana y metidas en sus barcos para surcar el corto estrecho de Salamina, las salaminesas no llegaban. Tampoco las sacarnienses, la mujer de Theógenes, que se hallaría consultando á Hécate, ni las beocias ni las peloponesas. Por fin, tras tanto aguardar, llega Lampito, que representa y personifica á Esparta, el país de las mujeres hombrunas. Y con mucho donaire se mofa Lysistrata de estas sus camaradas las lacedemonias, curtidas en los ejercicios espartanos y les dice tras un elogio á sus fornidos cuerpos y á sus colores purpúreos, que podrían desjarretar un toro con sus puños. Y no solamente se mofa de su complexión harto fuerte para mujer, sino del ejercicio continuo en gimnasia que les da tanto vigor y de los saltos en los cuales se golpean con los talones las nalgas. Así va pasando en revistas y más revistas las mujeres de Beocia que huelen á poleo, las mujeres de Corinto que cojean siempre y todas cuantas pudo haber á mano. Ellas en las revistas y fuera de las revistas no hacen más que plañerse. Esta se duele de tener en Tracia su esposo, la otra de tenerlo en Pilos vigilando siempre, quién de verlo entrar por las puertas únicamente para ceñirse su escudo y largarse, quién de no quedarle ni un milesio para consuelo de su vejez ni un escudo para granjearse pobre copa de vino. En cuanto las lamentaciones han acabado, anuncia Lysistrata medio fácil y pronto, el cual conduce á extirpar todos estos males de raíz, impidiendo su reproducción y renacimiento. Con su natural curiosidad alargan las mujeres el cuello á guisa de cisnes arrullados ó de yeguas piafadoras y abren los oídos á recoger la fórmula de tan saludable receta. Los aires de Pitonisa en el momento de bajar la inspiración al seno y transmitirla con frases incoherentes y entre amarguísimos espumarajos toma Lysistrata para decir su recatado secreto. Mas en cuanto lo dice, promueve una sublevación total. ¿Pues no propone á las mujeres abstenerse y



Cabeza de Mercurio descubierta en las ruinas de Olimpia

RUINAS DEL TEMPLO DE JUNO EN OLIMPIA. – VISTA TOMADA DESDE EL OESTE

separarse de los hombres? Al oir tal despropósito vuelven todas la espalda. Y así, unas mueven la cabeza, otras mudan el color, éstas se muerden los labios, aquéllas derraman copiosas lágrimas, y las más convienen airadas en que perdure la guerra. Lysistrata llega, viendo esto, á enfurecerse y les dice como, aquejadas de tal incurable lascivia, no deben dolerse de modo alguno si las ofenden y denuestan en el teatro. Avergonzadas de la debilidad con que les dan en rostro, todas, por último, ceden y se disponen á la extraña huelga. Recluiránse, como las diosas en sus respectivos santuarios, ellas en su alcoba; pintarán de iris las uñas para más hermosearse; vestirán transparente túnica de Amotgos; y resueltas á no caer en brazos de sus parejas, excitaránles todos los deseos sin satisfacerlos hasta tanto que hayan desistido de sus guerras y entrado en el seno de segura blanda paz. Tras tales propósitos sucede lo que naturalmente trae consigo aparejada la costumbre de los antiguos tiempos: un verdadero juramento religioso, con todas las ordenanzas ritualescas ofrecido y prestado. Arde la pira del holocausto, corre la sangre del cordero, robosa el vino de Tasios en la copa de oro, suenan los versos armoniosos á la soberana persuasión; y después de haber visto el rojo color del hirviente líquido y haber abierto las narices para olerlo y aspirarlo, juran todas no rendirse á hombre ninguno mientras se hallen metidos y enfrascados en la guerra. Mas no basta con tal juramento, que aun después de concluído y observado por ellas, quizás en ellos no ejerza ningún influjo; se necesita cerrarles todos los caminos, cortar todos los recursos guerreros, detener provisiones, impedir levas y reclutamientos, acaparar el Estado, ejercer el gobierno. Una vez resueltas por tales extremos, no se detienen las insurrectas en barras. Hay en la fortaleza de Atenas, en la inmortal Acrópolis, un tesoro guardado por Minerva, del cual sacan los guerreros aquellos recursos indispensables á la sustentación y alimento de sus combates. Mientras de tal resina se nutra, no podrá extinguirse nunca el tizón de la discordia. Dicho y hecho; las mujeres en pelotón corren al castillo, atraviesan las puertas por sorpresa, invaden sus senos; y declarándose propietarias de aquel elevado seguro, dispónense á una redonda negativa de todo recurso para ver si, atribulados los hombres en la penuria de medios, ceden al cabo y firman la paz pública. Imaginaos el espanto de todos, pero con especialidad muy particular de los ancianos, viendo cosa nunca vista, la primer forma social helénica, el matriarcado reascendido tras tantos siglos á las alturas sociales, y las amazonas, vencidas por Teseo y por Aquiles, entrando rehechas en el sacro fuerte de Atenas para restablecer su dominación secular destruída por un esfuerzo doble de los hombres y de los siglos. Frotaban sus ojos, abrían sus oídos, interrogábanse unos á otros, convertían las miradas y alzaban los brazos al cielo sin dar asenso á todo cuanto sucedía, cual si presa de un sueño, todos á una sufrieran irremediable pesadilla. Pero las mujeres, gracias á Lysistrata, quedan poseedoras de su invencible fortaleza. Ignoro si los señores académicos resistentes al ingreso de las señoras en sus respectivas Academias habrán meditado alguna vez acerca del asedio y rendición de la noble fortaleza griega por las enfurecidas y sublevadas mujeres. Guardaos de las iras de Minerva.



LECCIÓN DE CROCHET,
cuadro de D. Gastón Pujol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

IV

Dejemos las letras académicas y vamos á las letras realistas. Este género de literatura se inflige un verdadero mentís hoy á sí mismo. Empecatado en que solamente hay verdad real y no verdad ideal, suele desdeñar del arte aquello que juzga inverosímil, olvidando como hay géneros de arte; por ejemplo, el teatro, donde la inverosimilitud está en todo y la ilusión es todo. No gozará de la escena quien vea lienzos azules en los cielos teatrales, personas de hoy en los personajes de Babilonia ó Jerusalén, faroles de gas ó electricidad en las blancas lunas bendecidas por los arpegios de Norma, ó lenguaje corriente y vulgar en los hexámetros de Sófocles y en las décimas de Calderón. El mayor tributo que puede pagar al imperio de lo ideal un realista como Zola, está en tolerar que tallen de sus novelas dramas y de estos dramas libretos. ¿Cómo? Puédese llevar la ficción hasta convenir en que personas de carne y hueso digan cuanto se les ocurra cantando y acompañadas por una orquesta, con las candilejas y la concha del apuntador delante, á los sendos lados los bastidores, detrás el mentido telón de foro, sobre la cabeza el cielo de algodón y bajo los pies una tierra de tablas; puédese llevar la ficción á un extremo tan grande, y habrá que rechazar otras convenciones menos embusteras para congraciarse con quienes piden la verdad ante todo y no creen hallarla sino dejando al aire libre abiertos los pestíferos pozos sucios, por cuyos hediondos senos corren los detritus del excremento social. Zola se ha decidido á que un dramaturgo le ponga en diálogos y actos las novelas, y este dramaturgo á que un músico ponga su drama en solfa. Cuando se hacen todos estos reconocimientos oficiales del poder que tiene la mentira en el arte, no hay para qué sublevarse contra la verdad contenida en todo lo ideal. El trasmutado libro de Zola se denomina *El ensueño*, y hay en él arcos góticos, altares sacros, ojivas é incensarios, cánticos gregorianos, procesiones meridionales, efigies y simulacros litúrgicos, un derroche de idealismo, como el que pudiera dispendiar poeta entregado á la imitación de Lamartine ó de Manzoni. La protagonista está enamorada, mas no conoce bien el objeto de su amor, ignorante allá en sus alucinaciones y fantaseos si le inspira tal pasión un santo de las vidrieras multicolores que los rayos del sol poniente avivan, un ángel descendido con su ramo de azucenas á visitarla en sueños desde las alturas del Empíreo, un sacristán que se bebe las vinajeras como puede beberse las lámparas cualquier lechuza,



VISITA, cuadro de D. Joaquín Agrassot

un pillo de playa; y en estas incertidumbres muere de amor sobre su lecho virginal como cualquier aparecida de una leyenda ideal y recibe un sacramento como la Extremaunción en escena. Y puesto que hablamos de las crudezas del realismo y vemos cómo les ha faltado en la práctica un hombre cual Zola, digamos algo de cierto cuadro del pintor Calderón,



GRAN KERMESSE CELEBRADA EN LOS JARDINES DEL PARQUE DE BARCELONA EL DÍA 23 DE JUNIO, dibujo y composición de D. Nicanor Vázquez

1. Baile inglés. – 2. Teatro Guignol. – 3. Kiosco destinado á la venta de dulces, flores, etc., para la beneficencia – 4. Gran tómbola á beneficio de los pobres. – 5. Paseos en burros 6. Circo ecuestre y gimnástico. – 7. Gran baile mitológico

consagrado á Santa Isabel de Hungría en las Exposiciones londinenses. ¡Ah! Siempre que tal asunto se trate, surgirá en la memoria de todos aquella obra del mago de los colores, inscrito en el calendario de los inmortales con el nombre de Murillo. Repúgname á mí, lo declaro, la sobrada verdad con que allí están vivos los pobres leprosos. La tiña hiede casi. El muchacho que se rasca os echa las capicies encima, os envía sus microbios y hasta os pega sus picores. La vieja sentada espera que le digan, como á Lázaro, levanta y anda, pues lleva en sí la vida. Pero tales llagas y úlceras francamente, por lo mismo que se hallan reproducidas con tal verdad, os levantan el estómago, y harían el cuadro intolerable, si aquella luz de Sevilla y aquel patio de mármol y los lejos venecianos y las hermosuras juveniles y la santa en sus obras de caridad no pusiesen los iris de todas las esperanzas sobre los aquejados de todas las porquerías. El cuadro de que ahora se trata nos ofrece á Santa Isabel en el acto de vestir el traje monástico. Mas como para vestirse cualquier traje nuevo haya que desnudarse del antiguo, Calderón ha presentado la santa en cueros al pie del altar circuído por la corte y por la clerecía. De aquí la emoción despertada por tal obra, puesta en escandaloso consejo ante todo el mundo, criticándola de sucia los más, y los menos defendiéndola por su inocencia y por su verdad; y cual verdad, exclaman los opositores, el desconocimiento completo de lo que repugnaban las desnudeces á un siglo tan de suyo monástico y religioso como el siglo de Santa Isabel, siglo también de San Francisco, de San Buenaventura, de Santo Tomás, del Dante. Será la edad aquella todo cuanto quieran los que impugnan el cuadro; pero las desnudeces andaban por tal manera sueltas, que Leda recibía en carnes vivas el descenso de Júpiter sobre la silla episcopal de Burgos, y el primer beso de nuestros primeros padres cincelado se halla en toda su realidad sobre las paredes sacratísimas de nuestra iglesia primada. Nunca olvidaré una particularidad extraña del increíble coro de Plasencia: la caricatura indecente y hasta cochina en lo bajo, de todo aquello que se consagra y se deifica en lo alto. No estaban de modo alguno tan reñidos con las desnudeces nuestros progenitores de la Edad media como supone la falsa pudibundez jesuítica de nuestros días. Y hay más, la presentación del desnudo no empece á la castidad y á la pureza en una obra de arte. Pero el pintor ha faltado en este punto concreto á la verdad histórica. Imposible que una mujer como Santa Isabel se presentase desnuda en una iglesia de su tiempo. El *nudavit* puesto en el cronicón de donde se ha tomado ese verbo, quiere decir que Santa Isabel se desvistió de todos sus trajes y ornamentos regios para vestirse, triste y viuda en su juventud, el hábito de los ascetas. Disputen cuanto quieran los sabios ingleses; no hay derecho en artista ninguno para confundir los tiempos de Santa Isabel de Hungría con los tiempos de Aspasia ó Safo de Mileto. Basta por hoy.

LA SEXUALIDAD EN EL LENGUAJE

(Continuación)

Más que estos hechos, sin embargo, cuyo apartamiento de la doctrina general es, como vemos, sólo aparente, se hallan en oposición con la teoría del género multitud de hechos aislados y sobre todo el hecho capital de la atribución del género á seres inanimados incapaces de tomar sexo. En cuanto á los primeros, nos limitaremos á citar lo que pasa en alemán con ciertos nombres como *das Weib*, la mujer, que á pesar de que por su significación debiera pertenecer al género femenino, y hasta ser el tipo de los nombres de este género, corresponde al neutro; del mismo modo observamos la inclusión de *das Kind*, el niño, entre los nombres neutros, no obstante deber figurar por su significado entre los masculinos; siendo todavía más notable el cambio de género sufrido por toda clase de sustantivos, masculinos ó femeninos, al tomar la desinencia típica de los diminutivos: en este caso, en efecto, apenas el nombre ha revestido la forma diminutiva parece como que pierde su naturaleza y se despoja de su sexo, convirtiéndose sin excepción alguna en neutro: así vemos el sustantivo masculino *der Mann*, el hombre, transformado en neutro al pasar al diminutivo *das Mannchen*, el hombrecito, como vemos el sustantivo femenino *die Frau*, la señora, metamorfoseado en neutro, apenas reviste la forma diminutiva *das Fränlein*, la señorita. La influencia de las terminaciones diminutivas *chen* y *lein* es tal, que llega á sobreponerse á la significación misma de los sustantivos, que parece debiera servir siempre de norma para la determinación del género.

Por lo que hace á la atribución del género á los nombres de seres inanimados, es hecho de no escaso alcance por su generalidad, que merece fijar más especialmente nuestra atención. Estos seres, en efecto, incapaces de tener sexo no debieran tampoco ser susceptibles de género; todos ellos debían constituir el importante grupo de los seres neutros, ni masculinos ni femeninos. Lejos, sin embargo, de ser así, tenemos en castellano nombres masculinos, como *el árbol*, *el monte*, *el sol*, y femeninos, como *la planta*, *la montaña*, *la luna*, y lo que ocurre en nuestra lengua ocurre en todas las demás, sin que puedan citarse en contrario más que las lenguas inglesa y china, y aun eso no en absoluto. ¿Cuál es la causa de esta atribución del género á nombres de cosas sin sexo, y qué razón puede haber para incluir á tales ó cuales nombres en el grupo de los masculinos, y á tales ó cuales otros en el de los femeninos? ¿Es puramente arbitraria esta atribución, ú obedece á alguna ley conocida?

Dice Bernardino de Saint-Pierre que es digno de observación que la mayor parte de los nombres de la naturaleza, de la moral y de la metafísica son femeninos, sobre todo en la lengua francesa. A esto añade Bescherelle en su celebrada *Gramática nacional:* «Sería bastante curioso investigar si los nombres masculinos han sido dados por las mujeres y los femeninos por los hombres á las cosas que sirven más particularmente para los usos de cada sexo, y si los primeros se han hecho del género masculino porque presentan caracteres de fuerza y poder, y los segundos del femenino porque ofrecían caracteres de gracia y adorno.» La primera de estas investigaciones, la relativa á saber si los hombres han inventado los nombres femeninos y las mujeres los masculinos, sobre ser de todo punto imposible (¡quién puede practicar semejantes averiguaciones!), revela en quien la propone excesiva puerilidad de espíritu; suponer en efecto que, en los albores de la humanidad, hombres y mujeres se ocupaban de semejantes lindezas, dignas tan sólo de épocas de refinadísimas costumbres, es suponer que las edades primitivas eran la copia fiel del siglo de Luis XIV ó de los tiempos de la Regencia, y que nuestros primeros padres, en lugar de consagrarse á buscar medios de sustento y de defensa, se dedicaban á juegos de ingenio y á ejercicios de alambicada galantería La segunda de las investigaciones propuestas por Bescherelle, la concerniente á la relación entre el género atribuído á los nombres y á los caracteres, ora de fuerza y poder, ora de gracia y atractivos de los seres correspondientes, parece tener algún mayor fundamento filosófico, y ser hipótesis menos arbitraria y caprichosa; pero los hechos la contradicen de tal modo que, á pesar de los increíbles y entusiastas esfuerzos que Bescherelle hace para sostenerla, cae por su base, falta de verdadera solidez.

«El hombre, como es sabido – dice á este propósito para probar su tesis, – se asimila en la naturaleza todo lo que es fuerte, se lo apropia, lo convierte en dominio suyo. Pero no basta al francés apoderarse de la fuerza dondequiera que aparece; por medio del trabajo extraño, pero real, de su imaginación, quiere que todo ser *fuerte* se le parezca y sea *masculino* como él» Cita con este motivo unos versos de la *Henriada* de Volaire en que dominan los términos masculinos y que concluyen, dirigiéndose á la reina Isabel, con estas palabras:

«Et l'Europe vous compte au rang des plus grands hommes»

«Este último verso – añade Bescherelle lleno de entusiasmo y con el tono de la más profunda convicción – pinta mejor que todo razonamiento que la masculinidad acompaña á la inclinación del hombre á apropiarse todo cuanto anuncia grandeza, fuerza, superioridad.» Parécenos, aun reducida la teoría á los estrechísimos límites de una sola lengua, la lengua francesa, que la prueba única aducida es sobrado fútil para demostrar la relación existente entre el género masculino de los nombres y los caracteres de fuerza y de poder de las cosas por ellos representadas; hay en el modo de presentar esa prueba más aparato que verdad, más entusiasmo que solidez. Si todas las palabras ó la generalidad de las mismas, por lo menos, que indican fuerza y grandeza debieran ser masculinas, en la lengua francesa siquiera, ¿cómo explicar que sean femeninas palabras como *la roche*, la roca, *la montagna*, la montaña, *la ville*, la ciudad, *la terre*, la tierra, *la mer*, el mar, *la foudre*, el rayo y tantas y tantas otras? ¿Dirá Bescherelle que hay palabras que revelen mejor la fuerza y la grandeza que las montañas, el mar y el rayo? Pues todas ellas son femeninas en francés.

No sale mejor librada la segunda parte de la doctrina: la referente á los caracteres de gracia y sentimiento de las palabras y á su relación necesaria con el género femenino. «El ejemplo siguiente – dice Bescherelle – nos probará que la femineidad expresa á su vez esa dulzura, esa gracia, esa bondad, esa conmovedora debilidad que hacen tan interesante á la mujer: Chateaubriand, en el *Genio del Cristianismo*, ha »dicho: «*Il n' appartient qu' à la religión chrétienne »d' avoir fait deux sœurs de l' innocence et du repentir.*» Este hermoso ejemplo, nunca citado, hace evidente la verdad que tratamos de exponer. ¡Aquí brilla en su mayor esplendor! *¡El arrepentimiento* HERMANA *de la inocencia!* ¡Conmovedora verdad! Admirable belleza, pero que hubiera aplastado, sin embargo, á nuestros gramáticos materialistas, si se hubieran atrevido á atacarla. ¡La solución de semejantes dificultades no se encuentra en fríos análisis, ni en helados razonamientos! ¡El corazón del hombre es su única fuente!» Muy brillante es este párrafo, caldeado por el más ardiente deseo de convencer; pero no es calor lo que en la demostración se necesita, sino verdad y solidez. El ejemplo citado sería harto insuficiente para probar la tesis general establecida; pero ni aun despojado de toda pretensión, prueba realmente nada. ¿Qué hay, en efecto, en la frase de Chateaubriand? Un fenómeno sencillísimo: la atracción ejercida por la palabra *inocencia* que ha producido el efecto de dar á su inmediata anterior el género femenino: «Sólo á la religión cristiana corresponde haber hecho dos *hermanas* de la *inocencia* y del *arrepentimiento*.» Cambiemos el orden de esas dos palabras, poniendo primero al arrepentimiento, y con toda seguridad que, por el mismo efecto de la atracción, Chateaubriand habría dicho: «Sólo á la religión cristiana corresponde haber hecho dos hermanos del arrepentimiento y de la inocencia.» Véase, pues, á qué queda reducido todo el razonamiento de Bescherelle: á una aparatosa declamación, impropia de la verdadera ciencia. Y aun sin este principio de atracción, que por sí solo explica el giro empleado por Chateaubriand, bastaría también para explicarle, sin necesidad de acudir á las altisonantes teorías de Bescherelle, que pueden deslumbrar por su brillante exposición, pero que no pueden resistir á la menor crítica, la circunstancia de ser femeninos en francés, por regla general, los nombres de cualidades, y siendo cualidades la inocencia y el arrepentimiento, nada más natural que en el espíritu de Chateaubriand dominara al escribir su frase el pensamiento de la femineidad, haciéndole emplear la palabra *hermanas* en vez de *hermanos*. Por otra parte, ¿qué diría Bescherelle si frente á la cita de Chateaubriand se encontrara con esta otra: *le cœur doit être soumis à la tête*, el corazón debe someterse á la cabeza? *¡El corazón*, asiento *del* sentimiento, cualidad distintiva de la mujer, masculino, y *la cabeza*, asilo de la inteligencia, cualidad distintiva del hombre, femenino, lo mismo en francés que en castellano!

FERNANDO ARAUJO

(Concluirá)

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA (1)

X

GRECIA

La insurrección de las provincias griegas contra la dominación turca, comenzada en 1820 por la sublevación de los suliotas, propagóse con rapidez al año siguiente, y el 7 de junio de 1821 *el Senado del Peloponeso* elegía un gobernador provisional. El 13 de junio de 1822, una asamblea nacional, reunida en Epidauro, elaboró la *Constitución de Epidauro*, que revisada un año después por otra asamblea convocada en Astros, llegó á ser la *Constitución de Astros* (25 abril 1823) la cual á su vez debía modificarse también algunos años más tarde, con el nombre de *Constitución de Trezene*, por una tercera asamblea constituyente, reunida en la ciudad de este nombre (1827).

Esas constituciones establecían en principio una forma de gobierno republicano; pero Capodistria, nombrado presidente por siete años en 1827, se abstuvo de convocar la representación nacional durante dos y no la reunió en Argos en 1829 sino para que se le confiriera un poder absoluto. Después de su muerte (9 octubre 1831) la más completa anarquía reinó en el país.

Reconocida como monarquía independiente el 3 de febrero de 1830 en virtud de la conferencia de Londres, Grecia aceptó por rey, según el tratado de 7 de mayo de 1832, al príncipe Otón de Baviera, que bajo el nombre de Otón I gobernó por lo pronto once años sin Constitución. Después de la revolución militar del 15 de septiembre de 1843, vióse obligado á

(1) Véanse los números 468 á 474, 476 y 483.



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. – PALACIO DEL PARLAMENTO DE ATENAS

jurar una Constitución semejante á la Carta francesa de 1830, admitiendo el sistema de la dualidad de las Cámaras.

Pero la Constitución actualmente en vigor fué elaborada por la asamblea nacional convocada en Atenas, dos meses después de haber sido destituído el rey Otón. Esta asamblea abolió el Senado, resolviendo que el poder legislativo se ejerciese por una sola Cámara. La Constitución se votó el 17 de octubre de 1864, y al cabo de un mes el rey Jorge prestaba juramento, sin haberse introducido en aquélla más que una modificación posterior relativa al Consejo de Estado, que también se abolió, como se había abolido el Senado.

He aquí ahora las principales disposiciones de la Constitución griega, en cuanto concierne á la Cámara de los diputados.

El derecho de proponer nuevas leyes corresponde á la Cámara y al rey, que hace uso de este derecho por mediación de sus ministros.

Si la Cámara desecha una proposición de ley, no puede ser presentada de nuevo en el curso de la misma legislatura.

Sin una ley especial no se puede hacer ninguna cesión ó cambio de territorio.

El rey ratifica y promulga las leyes: todo proyecto de ley votado por la Cámara, y que el rey no ratifique dos meses después de cerrarse las Cortes, se considera como nulo y sin ningún valor ni efecto. El rey convoca regularmente la Cámara una vez al año y extraordinariamente cuando lo juzga oportuno. También tiene derecho para disolverla; pero en este caso, el decreto de disolución debe ordenar la convocación de los electores en el espacio de dos meses, á contar desde la fecha de la disolución, debiéndose convocar la Cámara dentro de tres.

La Cámara se reune de oficio todos los años el 1.º de noviembre, á menos que el rey no la convoque antes de esta fecha. La duración de cada legislatura ha de ser de tres meses por lo menos y de seis cuando más.

Las sesiones de la Cámara son públicas; pero á petición de diez individuos pueden ser secretas y á puerta cerrada.

Para que la Cámara pueda deliberar y votar es preciso que se hallen presentes la mitad más uno de sus individuos, y las votaciones se resuelven por mayoría absoluta.

Todos los años la Cámara vota el contingente del ejército y armada y el presupuesto.

Los diputados prestan juramento en sesión pública en la Cámara; los que no son cristianos juran según la fórmula y los mandamientos de su religión.

El número total de diputados no debe de bajar de 150. La duración del período parlamentario es de cuatro años, y por cada legislatura el diputado percibe una indemnización de 2.000 dracmas (2.000 pesetas). En el caso de sesiones extraordinarias, sólo tiene derecho á los gastos del viaje (ida y vuelta).

La Cámara está autorizada para acusar y juzgar á los ministros ante un tribunal nombrado al efecto y presidido por el presidente del tribunal de casación. El rey puede otorgar gracia al ministro condenado por este tribunal; mas para esto se necesita el asentimiento de la Cámara.

Los diputados se eligen por sufragio universal; y las elecciones se hacen al mismo tiempo en todo el reino.

Es elector todo *demota* (habitante de un distrito) de veintiún años de edad.

Es elegible todo ciudadano heleno de treinta años que esté ejerciendo desde hace dos sus derechos civiles y políticos, y que cuente al menos otro tanto tiempo de residencia en la circunscripción electoral en que se presenta su candidatura. Los alcaldes y funcionarios públicos que cobran sueldo no pueden ser elegidos diputados, á menos de dimitir cuarenta días antes de la elección. Los oficiales en servicio activo pueden ser elegidos; pero en este caso se les pone en disponibilidad durante todo el período parlamentario.

La elección sólo dura un día, que debe ser un domingo, desde la salida á la puesta del sol. Los resultados se proclaman por el tribunal de primera instancia; y si dos ó más candidatos han obtenido igual número de votos, se echan suertes. Los individuos del clero no pueden votar ni ser elegidos.

A pesar de la anexión del Epiro y de la Tesalia, el número de diputados se ha mantenido fijo en el de ciento cincuenta.

La población de cada distrito electoral se calcula, no por el número de habitantes, sino por el de electores, y las elecciones se hacen por escrutinio de lista.

* * *

En la apertura de las sesiones parlamentarias, la presidencia se otorga provisionalmente al decano, y se nombra secretarios á los cuatro diputados más jóvenes. Para comprobar los poderes la Cámara se divide en ocho secciones: la validez de las elecciones se discute siguiendo el orden alfabético de las circunscripciones electorales.

La Cámara elige entonces, al comenzar cada legislatura, por mayoría absoluta de votos y escrutinio secreto, un presidente, tres vicepresidentes y cuatro secretarios. El presidente así nombrado se presenta al rey con toda la mesa.

Después de constituirse la mesa definitiva, la Cámara nombra doce comisiones especiales: presupuesto, asuntos interiores, negocios extranjeros, ejército, marina, etc. La comisión de presupuestos se compone de veintiún individuos y cada una de las otras no cuenta más que nueve. Estas comisiones conservan sus poderes durante toda la legislatura, y el mismo diputado no puede ser individuo de tres comisiones á la vez.

Según se ve, Grecia es el país parlamentario por excelencia, y su parlamento no carece de buenos oradores.

Digamos ahora algunas palabras sobre los dos personajes más notables, que son M. Carilaos Tricupis y el jefe de la oposición, Teodoro Delyanni.

El primero es hombre de unos cincuenta y ocho años y ha estudiado en Atenas y en París. Después de ser secretario de la legación de Grecia en Londres, regresó en 1852, y desde 1863 no ha cesado de tomar una parte activa en la política de su país. Fué dos veces ministro de Estado y presidente del Consejo en 1875, 1880 y 1882; de modo que representa el gobierno con una autoridad incontestable.

Hombre de rara inteligencia y de sorprendente actividad, hasta sus adversarios le reconocen las más elevadas cualidades. Su larga permanencia en Inglaterra ha influído mucho en su carácter, sus costumbres, su lenguaje y hasta en su acento, así es que este ministro tiene todo el aspecto de un *gentleman*. Como orador, su voz es sonora y vibrante, pero su elocuencia algo seca y su mímica bastante pobre. El único punto débil de M. Tricupis consiste en no ser economista; no ha estudiado á fondo esta ciencia, y cuantas veces sube al poder propone nuevas leyes que trastornan el sistema fiscal y económico del país. A pesar de esto, es un adversario temible, así en el terreno parlamentario como en el político.

Teodoro Delyanni ofrece un contraste notable con Tricupis, y su primer mérito se reduce á ser hijo del país, que ha estudiado y conoce muy á fondo. Hombre de sesenta y tres años, aunque no los representa, era muy joven aún cuando entró á servir en el ministerio del Interior hasta 1862, ascendiendo siempre. En 1860 fué enviado á París con encargo de estudiar el servicio de las administraciones general y municipal, los establecimientos penales y los de Beneficencia. De regreso á Grecia figuró en la asamblea convocada después de la destitución del rey Otón, y allí se distinguió por su elocuencia y sus conocimientos sobre el derecho constitucional y el parlamentario. Formó parte de la comisión encargada de elaborar la Constitución general de Grecia; en 1866 había sido ya cuatro veces ministro y consejero de Estado y embajador en París. En 1878 representó á Grecia en el congreso de Berlín, y después de la muerte de Commoundouros reconociósele como jefe autorizado de la oposición. Cuando en 1885 le encargó el rey la formación de gabinete, desplegó la mayor actividad para poner á Grecia en Estado de sostener contra Turquía una lucha que



¡BUENA PIPA!, dibujo de D. Antonio Fabrés



UNA TAZA DE TE, pintura al pastel de Clemente de Pausinger

entonces parecía inevitable. Delyanni es un cumplido orador; se distingue por la moderación de su lenguaje y su conducta, moderación que más de una vez ha aconsejado á sus partidarios. Lejos de tener la rigidez de Tricupis, muéstrase afable con todo el mundo.

***

Hemos dado á conocer rápidamente los dos jefes del parlamentarismo griego, pero junto á ellos figuran algunos personajes que valen mucho; entre otros M. Simopulos, economista distinguido y orador cuyos discursos gustan más leídos que oídos.

Entre los buenos oradores parlamentarios debemos citar á MM. Ralli y Hazzopulos, notables por su erudición y su espíritu de verdad.

Otros diputados son, por decirlo así, especialidades reconocidas. Así, por ejemplo, M. Carapanos es la autoridad que se consulta en las cuestiones relativas á Turquía, país que conoce muy bien por haber estado largo tiempo en Constantinopla, donde hizo su fortuna. M. Typaldos Cozakis es muy entendido en la política exterior; mientras que las cuestiones económicas y fiscales son más bien de la competencia de M. Sotiropulos, que fué varias veces ministro de Hacienda.

Por último, debemos citar á un hombre, joven aún, que algún día será un orador de primer orden: es el hijo de Alejandro de Commoundouros, el eminente diplomático que murió hace algunos años.

***

En Grecia no hay partidos políticos propiamente dichos; no hay monárquicos, ni imperialistas, ni conservadores, ni republicanos, ni anarquistas, ni socialistas; los diversos matices políticos ó hasta sociales que distinguen á los partidos en Francia y en los demás países son casi desconocidos en Grecia, ó por lo menos no tienen partidarios oficiales y declarados. Todos los griegos son más ó menos republicanos y hasta demócratas, y en esto pueden considerarse como verdaderos descendientes de los antiguos, pero saben conciliar sus tendencias y opiniones con la existencia de un rey y una corte, y jamás pensaron en sustituirle con un gobierno republicano, y así son en cierto modo monárquicos republicanos. Aman á su soberano actual, Jorge I, y más aún á su reina Olga; pero sobre todo al príncipe heredero Constantino. A decir verdad hay algunos republicanos puros en el reino, mas no proclaman abiertamente su ideal político.

No hace mucho contábanse en Grecia cinco partidos políticos con sus jefes; mas habiendo muerto tres de éstos, ningún otro osó recoger su herencia, y solamente quedaron Tricupis y Delyanni, que agruparon á su alrededor, el primero los gubernamentales, y el segundo los de la oposición. De este modo la Grecia actual está dividida en dos campos, tricupistas y delyannistas; sus opiniones políticas son casi iguales, pero difieren un poco en su aplicación. El partido de Tricupis es algo conservador, y el de Delyanni más liberal; pero esta distinción no es más que aparente, y en el fondo son una misma cosa, la misma agua teñida de dos colores.

X

NUESTROS GRABADOS

La hamaca, cuadro de Van Den Bos. – Del mismo autor que *El heredero*, publicado en el número anterior á éste, es el bellísimo lienzo que hoy reproducimos, y aunque de géneros muy distintos uno y otro, nótase desde luego en *La hamaca* cierta analogía con el cuadro que tanto ha llamado la atención en nuestra Exposición general de Bellas Artes. Sobre todo el niño recostado en el columpio, con su traje negro y su cabecita de rubia cabellera que en ondulosos mechones cae sobre sus espaldas, nos trae á la memoria involuntariamente la figura del príncipe huérfano de la antes referida obra.

Como en ésta, en *La hamaca*, el asunto se reduce á presentar agrupadas las dos figuras de una madre y su hijo; pero á la majestuosa seriedad de *El heredero* sustituye en el que hoy reproducimos una placidez que se apodera del ánimo del espectador, quien al par de las bellezas de composición y factura admira y se deleita en la atmósfera de felicidad, de calma, de alegría, que inunda la pintura y que tan bien ha sabido expresar el autor, así en el conjunto como en los menores detalles.

De aquí que en medio de las analogías expresadas, existe una gran diferencia entre ambas obras, diferencia que reside en el fondo, así como en la forma está la analogía.

Contemplando á la regia viuda, leyendo en su severa belleza los cuidados que en su mente y en su corazón se agitan, todo el mundo exclamará ¡pobre madre! En presencia de la elegante dama, en cuyo rostro se refleja la felicidad más pura y por nada turbada, no habrá quien no diga ¡madre venturosa!

***

Olimpia. Estatua yacente del frontispicio oriental del templo de Júpiter. Cabeza de Mercurio. Ruinas del templo de Juno. – En Olimpia la belleza del pasado llama la atención más que la del presente, aunque no queda mucho de la riqueza artística que en aquel lugar se acumuló cuando las grandes fiestas atraían allí á los hombres de todos los puntos de Grecia y hasta al mundo romano. Lo que aún existe, débese á la benéfica intervención de la tierra y del agua, que lo sepultaron y preservaron hasta que el celo de los alemanes lo sacó á la luz del día. Figura entre ello el Mercurio de Praxiteles, que se descubrió en 1877; hallósele boca abajo en el fondo de una de las zanjas que los trabajadores abrían á través del recinto del templo de Juno. El descubrimiento de esta obra, la más perfecta del cincel griego, compensa por sí sola con creces todos los gastos de las excavaciones practicadas. Cuando se ve la gran estatua, muy bien colocada hoy en el nuevo museo de Olimpia, se puede sentir lo que debió inspirar al artista en su noble concepción; tan verdaderamente divina es la belleza de la cara, la dignidad de la actitud y perfección de la obra.

De los demás contenidos del museo, en alto grado interesantes y que ilustran casi todos los períodos de la escultura griega, tan sólo haré mención de los grupos del gran Templo de Júpiter. El dibujo, si no la obra, eran de Alcamenes y Peonio, escultores que figuraron en primer término después de Fidias. A pesar de ser algo tosca la ejecución y de haberse perdido algunos fragmentos, el efecto general de estos grupos, tal como están dispuestos ahora, es muy notable. Para dar una idea del estilo, reproducimos aquí parte de una figura yacente que se ve en uno de aquéllos.

En el museo se encuentran las principales obras maestras de arte descubiertas en Olimpia; pero no interesa menos ver la situación actual de los antiguos templos y otras construcciones. Por desgracia, todas se hallan en estado de absoluta ruina; mas aun así, es posible reconstruirlo todo mentalmente tal como debió existir cuando era perfecto. El Gimnasio, la palestra, el templo, la cámara del tesoro, el pórtico y el estadio hallábanse reunidos en un terreno comparativamente limitado, y todo el espacio libre, según nos dice Pausanias, presentaba interminables líneas de estatuas. El período de las construcciones que se prolongaban desde el templo de Juno, el más antiguo de Grecia, según dicen, hasta el palacio de Nerón, nos recuerda uno de los siglos en que más famosos fueron los juegos olímpicos.

***

Lección de crochet, cuadro de D. Gastón Pujol (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – No en balde ha recibido Pujol en París las primeras enseñanzas del arte que cultiva, y no en vano corre por sus venas sangre de un artista distinguido. Hijo del célebre pianista y compositor D. Juan B. Pujol, demostró ya desde sus primeros años significada inclinación por la pintura, empezando sus estudios bajo la dirección de los maestros Lamy y Cormou. En la capital de la vecina República ha permanecido algunos años, dedicado exclusivamente al dibujo y á la pintura, no tomando parte en más concursos que en los reglamentarios de las Academias. La Exposición de Barcelona es, pues, el primer certamen en que figura el nombre de este joven artista, y justo es consignar que los seis cuadros que en ella figuran denuncian cualidades que á no malograrse pueden reportar á Pujol gloria y no escaso provecho.

***

Visita, cuadro de D. Joaquín Agrassot.—Retirado Agrassot en Valencia, después de haber figurado en primera línea entre los españoles que sostuvieron en el extranjero las tradiciones artísticas de nuestra patria, continúa dando muestras de su laboriosidad y produciendo obras que recuerdan las distintas fases que ha ofrecido la pintura en el período de tiempo en que Agrassot residió en Roma, París y Madrid. Los distintos géneros que ha cultivado determinan una personalidad, tan respetable para la región valenciana, cual lo es la de Jiménez Aranda para Madrid y la de Román Ribera para Cataluña. Todos sintiéronse arrastrados por la corriente que informaba la pintura nacional hace veinte años, y los tres recurrieron, si bien distinguiéndose, á los efectismos que pudieran obtener, aun en la pintura de género, con las tonalidades de las basquiñas, los casacones ó las trusas. Unos y otros, á medida que el arte pictórico ha exigido del artista el abandono de determinados moldes, han procurado ajustarse al concepto moderno, desechando los recursos del colorista para fijarse en las leyes de la novísima escuela. Román Ribera y Joaquín Agrassot figuran desde luego en el número de sus más distinguidos prosélitos, y en *Las salidas de baile* el primero y los cuadros de *Costumbres valencianas* el segundo sostienen honrosamente el buen nombre de sus respectivas regiones. Sólo Jiménez Aranda parece sugestionado por el efectismo de los matices, y si bien produce una admirable obra, de concepto completamente moderno, cual es *El accidente*, no por eso destierra de su paleta los vivos colores que producen la seda de las bordadas chupas y de los chillones casacones.

Visita evoca el recuerdo de uno de los períodos de la vida artística de Agrassot, por más que aquél lo haya pintado recientemente, y aunque es un lienzo recomendable como lo son todos los suyos, creemos que Agrassot se halla más en lo firme cuando produce *La montañesa de León*, ó los cuadros de *Costumbres valencianas*, que tan admirablemente retratan el modo de ser de sus paisanos.

***

Gran kermesse celebrada en los jardines del Parque de Barcelona el día 23 de junio último. – La extensa reseña publicada en el número 196 de *El Salón de la Moda* nos releva de entrar en detalles respecto de esta grandiosa fiesta, que para fines de beneficencia improvisaron – esta es la verdadera palabra – los organizadores de la primera Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Mucho podía esperarse de la inteligencia, ingenio, buen gusto y actividad de los artistas y demás individuos que en un momento de alegre expansión acordaron acometer una empresa cuya magnitud, dado el tiempo y los recursos de que disponían, quizás no calcularon al aceptar el pensamiento; pero la realidad fué superior á las más optimistas esperanzas, y vino á demostrar que en esta tierra la palabra imposible casi debiera borrarse del diccionario. El triunfo de los organizadores fué, pues, tanto más grande y merecido cuanto mayores los esfuerzos que hubieron de emplear, que no fueron pocos, y las dificultades que tuvieron que vencer, que no fueron pequeñas. Sólo el que algunas horas antes de empezar la fiesta hubiera recorrido los hermosos jardines de nuestro Parque y vuelto á ellos cuando la *kermesse* estaba en su apogeo, habría podido comprender las unas y admirarse de los otros. Parecía como si una hechicera con su varita hubiese hecho surgir de repente alguna de esas maravillas que tanto deleitan en las comedias de magia.

La *kermesse* comenzó y el programa se realizó en todas sus partes sin confusión, sin tropiezo alguno, antes al contrario, ordenadamente y tal como se había anunciado. Y al llegar á este punto, nos acogemos á la referencia antes indicada para que los lectores que quieran enterarse de los festejos y espectáculos acudan á *El Salón de la Moda* correspondiente al día 29 del mes pasado.

La bellísima composición del Sr. Vázquez reproduce con tanta verdad como arte los principales de estos espectáculos y festejos; en ella se ve la representación de un baile inglés; el teatro Guignol, donde se confundieron las ruidosas carcajadas de niños y personas mayores; el kiosco en donde lindas señoritas ofrecían á los del sexo feo flores, dulces, cigarros, vinos, etcétera, á cambio del óbolo que por tan bellas manos habían de recibir los pobres; los pacientes animales que por unas horas llevaron en sus lomos los más gentiles cuerpos; el circo ecuestre y gimnástico, cuyos ejercicios tantos aficionados cuentan, y el precioso baile mitológico, que produjo un efecto indescriptible.

Al hacer punto final en esta rápida descripción, no podemos menos de felicitar á cuantos tomaron parte en la organización y á cuantos contribuyeron al mayor esplendor de esta fiesta que tan gratos recuerdos ha dejado en el ánimo de todos los que la presenciaron.

***

¡Buena pipa!, dibujo de D. Antonio Fabrés.– Es Fabrés uno de los artistas que más honran á España y tal vez el único que ofrece un doble aspecto, ya que habiéndose dedicado en sus primeros años de vida artística al estudio de la escultura y logrado por sus obras una plaza de pensionado en Roma, sirvióle el apoyo oficial para emprender el estudio de la pintura, que desde entonces ha continuado cultivando con tan felices resultados, que sus lienzos son justamente apreciados en el extranjero, en cuyas capitales los aficionados los adquieren á crecidos precios.

Fabrés modela y pinta con igual facilidad y con igual resultado. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han tenido ocasión de apreciar, por las copias de los cuadros que hemos publicado, la genialidad y el temperamento artístico de este pintor, que siente y vive consagrado exclusivamente al arte, al que dedica todo su entusiasmo y la suma de todas sus actividades.

El dibujo que publicamos, vigoroso y correcto, como todos los suyos, es tal vez uno de los estudios que le han servido para la composición de alguno de los cuadros recientemente adquiridos por uno de los más distinguidos coleccionistas de Londres.

***

Una taza de te, pintura al pastel de Clemente de Pausinger. – Para saber si ha estado acertado el pintor alemán Pausinger en la reproducción del tipo y de las vestiduras de la japonesa de su cuadro, basta consultar cualquiera de las muchas descripciones que los viajeros nos dan del traje y de la gente de aquel país asiático, y se verá que no falta en la figura de *Una taza de te* el menor detalle de cuantos forman el vestido de una hija del Japón. El pintor nada ha descuidado y se ha mostrado artista de exquisito gusto en la elección y combinación de tonos y dibujos. Esto en cuanto á la parte externa del cuadro; por lo que hace á la que pudiéramos llamar interna, no se necesita ser muy entendido en materia de arte para apreciar los encantos, el sello de simpática coquetería de aquella figura, la gracia de la cabeza, el interesante perfil del rostro y la mirada expresiva, y en suma, el conjunto lleno de atractivos.

Esta obra fué muy celebrada en la segunda Exposición Internacional de pasteles, acuarelas y dibujos, celebrada en Dresde el año pasado.

***

Desamparados, escultura de D. José Montserrat (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona).— Tan modesto como laborioso, tan inteligente artista como hábil escultor, no le han servido á Montserrat estas cualidades para verse favorecido por la suerte, ni para disfrutar la protección y el apoyo que necesitan todos los artistas al comienzo de su carrera. Cuanto es, débelo á su propio esfuerzo, sin que hasta ahora haya logrado otra recompensa que la que el Jurado de la Exposición general de Bellas Artes acaba de otorgarle. Y cuenta que Montserrat ha producido obras tan dignas de encomio como la estatua del pintor Viladomat y el busto del *Avi*, notable estudio de uno de los tipos de nuestra región. La Exposición de Barcelona significará para este distinguido escultor el primero de sus triunfos, pues aparte del que determina la adquisición por el Ayuntamiento, con destino al Museo Municipal, del tan bien modelado como sentido grupo *¡Desamparados!*, ha debido servir de compensación á sus pasadas amarguras el general aplauso del público, que desde los primeros momentos ha estimado la obra entre las más notables de la sección de escultura. Modelada con tanta facilidad como delicadeza, correcta en sus líneas y real en el asunto, es la obra de Montserrat una brillante manifestación del arte moderno, la continuación de las tradiciones artísticas catalanas que tanto enaltecieron, con sus producciones, los Amadéu y los Campeny primero, los Vallmitjanas después, y actualmente esa pléyade de jóvenes escultores que en Roma, Madrid, París y Barcelona honran á España y á Cataluña.



La joven, sin darle tiempo para arrodillarse sobre el cojín, tomó su brazo... (pág. 444)

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

A su terror anteponíase, sin embargo, una viva curiosidad y la dicha de ver otra vez á Blanca; además confiaba en su amigo Pedro, quien sabía muy bien cómo conducirse en sociedad. Gilberto se deslizaba en ésta bajo su égida, y le bastaría con imitarle.

Pedro de Cabrol era ya un gallardo mancebo de veintiún años, siempre con su espeso cabello cortado al rape, tez muy morena, y la boca sombreada de un fino bigote, cuyas cortas puntas retorcía con mucho cuidado. Sus labios rojos se destacaban más que nunca en este conjunto, y en sus ojos revelábase un fuego sombrío. Todo su aspecto indicaba la impetuosidad con que hubiera querido apurar de una vez los placeres de que apenas le permitían disfrutar superficialmente sus salidas periódicas de Saint-Cyr. Bastaba observar en tales días su paso nervioso al recorrer las calles de París, haciendo resonar los tacones en el asfalto; bastaba examinar su frente pensativa y sus inquietas miradas, para que se fijase en él la atención.

Gilberto tenía costumbre de ir á esperarle á la llegada del tren, y como de ordinario, también fué el día en que debían ir á casa de la marquesa de la Fonfreyde.

Era demasiado temprano todavía, y mientras se paseaba de un lado á otro, esperando la hora de ir al encuentro de su amigo, observó un coche de alquiler parado á corta distancia; la cortinilla corrida elevábase de vez en cuando agitada por mano febril; dejábase ver entonces un rostro redondo, con la cabeza coronada de dorados bucles y la nariz cubierta de polvos de arroz, y unos ojos brillantes dirigían vivas miradas hacia la puerta de salida de la estación. No era necesario ser gran adivino para comprender que la impaciencia de una cita había conducido allí á una dama para salir á recibir á su amante; y aunque muy preocupado por el baile á que debía asistir, Gilberto no pudo menos de reflexionar en qué mundos tan diferentes vivían aquella dama y las cándidas niñas, blanco y casto enjambre, que él iba á ver muy pronto.

Ya estaba lejos cuando comenzó á salir la oleada de colegiales de Saint-Cyr, y ya volvía precipitadamente cuando vió á Pedro saltar en el coche, cuya portezuela se cerró, mientras se alejaba rápidamente.

Gilberto quedó como clavado en el sitio. ¿Cómo irían á la reunión de la marquesa?... ¿Y Blanca?... ¡Pedro la olvidaba!... Y al pensar esto, el joven se sintió resentido de aquella infidelidad anticipada.

Sin embargo, era preciso adoptar un partido ú otro; no debía pensar en presentarse solo en casa de la marquesa, pues faltábale valor para ello; y por otra parte, aún no era llegada la hora de ir. En su consecuencia, dirigióse meditabundo á su casa.

No hubo de esperar largo tiempo; dos horas después llegó Pedro.

– ¿Estás ya dispuesto?, preguntó. Nos hemos retardado, pero á la puerta nos espera el coche...

– He ido á la estación, díjole Gilberto.

Pedro le miró con aire interrogador, y comprendiendo la indirecta, dejó escapar una carcajada que parecía reclamar indulgencia.

– ¡A fe mía, exclamó, te había olvidado! Dispénsame...; pero despachémonos pronto, pronto.

Y con aquel ardimiento que mostraba en todo, hizo bajar á su amigo la escalera precipitadamente, empujóle hacia el coche, y éste se dirigió á la calle de Babilonia.

La multitud era ya numerosa cuando llegaron: desde el vestíbulo oíase la música, el ruido de los pasos y el rumor de las conversaciones. En el salón, bajo el resplandor de las arañas, en medio del círculo de los padres sentados ó de pie á lo largo de las paredes, veíase un gracioso conjunto de elegantes tocados y numerosos jóvenes que bailaban con niñas de todas edades.

Pedro cruzó entre la multitud y dirigióse directamente hacia la marquesa, seguido de Gilberto; en aquel instante terminaba el baile, y Blanca corrió en busca de su abuela.

– ¿Y eras tú quien debía dar principio al baile?, preguntó la marquesa de Fonfreyde al colegial de Saint-Cyr.

Pedro bulbució una excusa, ofreciendo después el brazo á Blanca, y ya se alejaban los dos, cuando la marquesa hizo una señal á su nieta para que volviese. Blanca miró á Gilberto, pareció esforzarse para recordar su fisonomía, y después ofrecióle la mano.

– ¡Buenos días, señor de Maujeán!, dijo.

Y alejóse rápidamente con su pareja.

Gilberto comprendió que la joven no le había reconocido al pronto; pero á decir verdad, á él mismo le costó ver en Blanca la niña que admiró en Mareuil. Había crecido bastante, y su belleza había aumentado; no se notaba ya en ella la petulancia, la desenvoltura y la libertad en los modales de otro tiempo; sus lindos ojos no miraban ya con la misma osadía, y su labio arqueado sonreía discretamente. Con su traje de baile, de color azul pálido, aunque más escotado tal vez que el que antes llevaba, parecía, sin embargo, más modesta. Hallábase en la edad en que la joven parece concentrarse en sí misma y disimula su carácter ó sus defectos, rodeándolo de misterio. Hay en ese período de la vida como un compás de espera hasta que se encuentra el esposo, y entonces la mujer hace como la crisálida, que abre sus alas y se descubre tal como será.

Gilberto había seguido á Blanca á través de la multitud, y contemplábala desde lejos. Inclinada la cabeza y la vista baja, parecía escuchar con ávida curiosidad las palabras de Pedro, que fijaba en ella sus ojos brillantes, sin obtener más respuesta que ligeras sonrisas. ¿Qué podría decirle? ¡Pedro estaba bien preparado para semejante conversación!... ¡Y Gilberto, él, que hacía ocho días soñaba en ella, que no había tenido más que pensamientos virginales y le llevaba un corazón lleno de mística adoración; él debía mantenerse apartado de Blanca, limitándose á contemplar sus encantos!

Al fin la perdió de vista en el torbellino del baile, y comenzó á vagar por los salones entre los convidados, bastante sorprendido de la facilidad con que se había introducido entre aquella sociedad de gran tono y del poco efecto que su presencia producía. Había temido ser una nota discordante en aquella reunión, y ahora se resentía casi de que nadie fijara en él sus miradas. Su paseo le volvió á conducir cerca de la marquesa, que le tocó en el brazo con la punta del abanico.

– Puesto que no baila usted, señor de Maujeán, le dijo, siéntese á mi lado y hablaremos.

La anciana se informó sobre sus ocupaciones, interesóse, al parecer, en sus estudios, y después preguntóle si conocía á alguna de las personas que estaban allí.

– Absolutamente á ninguna, contestó el joven.

Entonces la marquesa tuvo la bondad de presentarle, y Gilberto hubo de saludar al conde de Bagrassand, joven alto y moreno, recién casado, pero cuya esposa no había ido al baile por estar enferma; al vizconde de Charnasón, que estudiaba Derecho como él y que iba á dirigir el cotillón, y otros varios... Todos le acogieron cordialmente en calidad de compatriota, cruzando con él algunas palabras obsequiosas.

Poco á poco apoderóse de Gilberto una especie de embriaguez al verse mezclado con aquella escogida sociedad y codeándose con la nobleza de su país.

Avanzaba con paso seguro, alta la cabeza, luciendo su uniforme de dragón (pág. 445)

Y al mismo tiempo, recordando las épocas pasadas, reflexionaba sobre cuál hubiera sido la sorpresa del tatarabuelo Maujeán, aquel que no sabía leer, el destripaterrones del caserío de la Fonfreyde, si hubiese podido prever que su tataranieto se hallaría alguna vez en el mismo salón, y casi bajo un pie de igualdad con los descendientes de sus antiguos amos.

El baile cansaba á Pedro, que había ido á descansar con Blanca junto á la marquesa; como estaba muy acalorado, sacó el pañuelo para enjugarse la frente, y en el momento de hacerlo, difundióse á su alrededor un perfume muy penetrante.

– ¡Dios mío!, amigo Pedro, exclamó la marquesa, ¿dónde compra usted esos perfumes?

Pedro se sonrojó mientras guardaba rápidamente el pañuelo en su bolsillo; pero Blanca, con la nariz dilatada, y dejándose llevar de un rápido impulso, inclinóse hacia el joven, protestando.

– ¡Pero. abuelita!, dijo, yo creo, por el contrario, que huele muy bien, y quisiera...

Su candor infundía lástima: Gilberto, que presenciaba aquella escena, se avergonzó de la poca delicadeza de su amigo, que llevaba hasta su prometida los recuerdos de otra mujer, obligándola en cierto modo á respirar sus emanaciones; y el fin del baile fué algo triste para él.

Sin embargo, el cotillón había comenzado ya: Gilberto, que permaneció confundido entre la multitud que rodeaba á los bailarines, vió en un momento dado á Pedro conducir á Blanca al sillón colocado en el centro del salón para los que quisieran reposar un momento, é invitarla á sentarse para comenzar la figura conocida con el nombre de *la almohada.* Después díjole algunas palabras al oído, y fué á buscar algunos jóvenes por si uno de ellos era la pareja escogida por Blanca, pero ésta los recibió con signos negativos, en vista de lo cual corrió hacia Gilberto sonriendo y condújole á presencia de su futura. La joven, sin darle tiempo para arrodillarse sobre el cojín, tomó su brazo sin vacilar.

Gilberto dió una vuelta de vals. ¡Oh, qué embriaguez fué para él tener á Blanca junto á sí, rodeando con el brazo su esbelto talle y sintiendo en su mano el dulce calor de la de su pareja, cubierta de perfumado guante! ¿Cómo pudo bailar sin tropiezo y sin equivocar el paso, dada la emoción que le agitaba? ¡Qué apresuradamente latía su corazón! Hubiera querido hablarla, evocar algún recuerdo de Mareuil que renovase la antigua amistad; pero no se le ocurrió nada; y olvidábase de sí mismo, prolongando el baile...

Blanca fué quien se detuvo, frente á su asiento, dando después las gracias al joven.

Gilberto volvió á perderse entre la multitud, pero ahora le complacía el baile mucho más de lo que él hubiera podido imaginar.

Después pasaron los convidados al comedor, y allí Gilberto trabó mas amplio conocimiento con el joven Charnasón, que sobrexcitado por el entusiasmo con que había dirigido el cotillón, demostraba ruidosamente su alegría. También habló largo rato con el conde de Bagrassand, que solamente se hallaba en París de paso y debía regresar á la Rivoironne.

Gilberto buscaba asimismo á Blanca con los ojos, y hubiera querido que sus miradas expresasen una vez más su agradecimiento hacia ella; pero la joven hallábase en el otro extremo de la mesa, muy entretenida con Pedro. Lo que había sido un gran acontecimiento para él, es decir, aquella vuelta de vals, era cosa insignificante para Blanca, y no había dejado en ella ni un recuerdo. Por la noche, al retirarse á su casa, comprendió Gilberto que si Blanca llegaba á fijar en él su atención, no sería antes de que pasara mucho tiempo.

No obstante, debía adoptar un partido; el matrimonio era cosa decidida; el tiempo volaba rápido, y el joven, con el corazón entristecido, veía próximo ese desenlace, sin que le fuera dado intervenir, desviar la fatalidad, ni hacer otra cosa sino renegar de la injusticia del destino.

Transcurrieron dos años. Pedro era ya subteniente en Versailles, y pertenecía á un regimiento de dragones. Hallándose á dos pasos de París, podía disfrutar de todos los placeres que esta ciudad ofrece, y no dejaba de hacerlo. Más á menudo estaba en el bulevar que con su regimiento; el coronel, antiguo amigo de su padre, hacía la vista gorda, y Pedro, acostumbrado á esta indulgencia, abusaba de ella.

En aquel nuevo género de vida, Gilberto no podía seguirle como antes, y solamente le veía de tarde en tarde, algunas veces por la mañana, después de una noche pasada en el juego, en el que la suerte no le había sido favorable. Pedro iba á pedir consuelo á su amigo, y solía proponerle que le acompañase á Versailles, pero los trabajos de Gilberto no se lo permitían siempre.

Al terminar su carrera de leyes, Maujeán había ingresado en la Escuela de Archivos. Su afición á las cosas antiguas, una invencible repugnancia á la vida activa, nada conforme con su carácter soñador, la necesidad de ocuparse en un asunto determinado y bien circunscrito de antemano, que no hubiera podido encontrar en una carrera puramente artística, á la que le impulsaban con preferencia sus disposiciones; todo esto le indujo á estudiar Derecho. Su elección le permitía encerrarse en los libros, entre los cuales trataría de olvidar las decepciones de su corazón.

Pero su ensueño no se dejaba dominar sin resistencia, y muchas veces acosábale su antigua quimera. La invitación de la marquesa de la Fonfreyde dábale entrada en su casa, y aprovechóla para hacer algunas visitas, esperando encontrar en ella á Blanca, mas no la vió nunca.

Entonces, lo mismo que en otro tiempo, cuando vagaba alrededor de Mareuil, comenzó á recorrer asiduamente la calle de Babilonia, deteniéndose de continuo largos ratos delante de la casa y junto á la iglesia adonde Blanca iba á oir misa. Vióla dos ó tres veces, pero siempre pasó sin fijar la atención en él ó sin querer reconocerle.

Su aire era siempre muy modesto; concentrada en sí misma, miraba vagamente á su alrededor, bajando muy pronto la vista; su andar era discreto, no hacía ostentación de su belleza, y hubiérase dicho que se cubría cada vez más con los velos del misterio. Sin embargo, parecía que con la edad se acrecentaba su importancia, y que sus diez y ocho años ponían más en evidencia el gran nombre que llevaba, la inmensa fortuna que debía heredar y la brillante posición que la esperaba en el mundo. Blanca seguía con paso tranquilo esa vía ascendente que, poco á poco, conducíala á todos los esplendores de su existencia; mientras que Gilberto se quedaba atrás, muy inferior á ella, perdido en su obscuridad y viendo cómo se hacía cada vez más profundo el abismo abierto entre los dos.

A medida que se aproximaba el día de su enlace, Pedro menudeaba más que nunca sus visitas á su futura, y como era natural, olvidábase de su amigo; pero Gilberto le vió lo suficiente para hallarse obligado á pesar suyo á escuchar sus confidencias: su alegría era indecible. Pedro amaba á Blanca desde la niñez, y jamás había dejado de quererla: animado de las más nobles resoluciones, proponíase reformar su conducta y poner término á sus locuras de joven, porque aspiraba al reposo, á la tranquila felicidad del hogar.

– Con una mujer como Blanca y un amigo cual tú, decíale, ¿cómo no he de ser feliz?... Tú vendrás á vernos; Blanca no te conoce aún, y es preciso que te aprecie...

Por fin llegó el día cruel, Gilberto fué invitado con su madre á la ceremonia religiosa, que se efectuó en San Francisco Javier.



La niña iba con su aya y fustigaba alegremente al animal (pág. 429)

Allí se apiñaba toda la nobleza del Delfinado, todos los parientes de ambas familias, muchos amigos y conocidos, oficiales del regimiento de Pedro y la flor del noble arrabal.

La condesa de Cabrol estaba radiante de alegría; su hijo le inspiraba temores hacía algún tiempo, y aquel matrimonio ponía término, á su modo de ver, al período de los extravíos de Pedro. Todo el mundo participaba de sus esperanzas, todos sonreían al contemplar aquella joven pareja, en la cual se enlazaban tantos ilustres recuerdos y se unían tantas antiguas glorias, honor de las dos familias, que debían reproducirse y perpetuarse á través de las edades.

Al salir de la iglesia, cuando Pedro de Cabrol, conduciendo á su esposa del brazo, franqueó la nave para dirigirse al coche, produjose un murmullo de admiración. Avanzaba con paso seguro, alta la cabeza, luciendo su uniforme de dragón, apoyando en el pecho su brillante casco de acero de larga crin, y mirando á todas partes con sus negros ojos, que parecían expresar el colmo de la dicha. Y la joven vizcondesa de Cabrol (era vizcondesa de este nombre desde aquel momento), perdida en sus largos velos, apoyábase confiadamente en su esposo. También ella era feliz: comprendíase que aquello era para la joven la realización de un sueño de la infancia, una promesa del destino fielmente cumplida; que aquel día, en su concepto, llegaba naturalmente, y que no podía menos de ser así, puesto que en todo tiempo se la destinó para Pedro, como éste estaba predestinado á ser de ella. Con el corazón oprimido, Gilberto lo comprendió así é inclinó la cabeza resignado.

Durante el refresco que se ofreció en el palacio de la marquesa, las conversaciones se animaron, manifestóse la alegría reprimida hasta entonces, y en los grupos de jóvenes se desbordó del todo. Charnasón, que hacía las veces de caballero de honor del novio, estaba más contento que todos, y hubiérase dicho que él era quien se casaba.

Gilberto vió por primera vez al hermano mayor de Pedro, el conde Juan de Cabrol. No era tan alto como aquél, pero compensaba esta falta con su ademán altivo, su rigidez y el aspecto severo de toda su persona, que parecía engrandecerle. Veíase que afectaba para su hermano indulgencia protectora y cierta superioridad, que Pedro aceptaba sin reflexión, correspondiéndole con una amistad ciega. El conde de Cabrol, en su calidad de aspirante á diplomático, acentuaba con una ligera sonrisa cuanto decía, y con el cuello aprisionado en su corbata blanca, movía la cabeza á intervalos como si saborease sus palabras; era un hombre, en fin, desesperante por su misma corrección. Agregado de embajada, había pedido licencia para asistir al matrimonio de su hermano, é iba á marchar inmediatamente. Al retirarse hizo á la anciana marquesa de la Fonfreyde una de esas reverencias con que acostumbraba á saludar á las Altezas, midiendo el tiempo y la distancia de modo que todas las miradas se fijaran en él. Con este homenaje parecía realzar á la vez á la persona que le recibía y á la que le tributaba.

Gilberto no volvió á ver á Blanca de Cabrol, que había subido á sus habitaciones para despojarse de su traje blanco y que debía emprender por la noche su viaje de boda.

En su consecuencia, retiróse con su madre, que durante todo el trayecto, exaltada por la sociedad aristocrática con que se había rozado, hablaba con viveza, repasando en su memoria todos los nombres. Hasta llegar á su casa no echó de ver el silencio y la tristeza de su hijo.

–¿Qué tienes?, preguntóle. ¡Estar así en un día como hoy en que tu amigo es tan feliz!...

La señora de Maujeán se interrumpió al notar la expresión melancólica con que Gilberto la miraba, y sin duda adivinó lo que pasaba en su interior. Al principio no supo qué decir para consolarle.

–¡Bah! No será el único feliz, ni tampoco se ha casado con todas las jóvenes. Ya te encontraré una... no como la señorita de la Fonfreyde seguramente... tampoco tan noble como ella... ¡Vamos! ¿Creerás por ventura que la nobleza asegura la felicidad?...

Gilberto sonrió ante aquella abjuración de todos los principios de la buena señora; retiróse á su cuarto, y allí, solo, sin otros testigos que su pensamiento consagrado por completo á la nueva vizcondesa de Cabrol, pudo desahogar su corazón.



A medida que se aproximaba el día de su enlace, Pedro menudeaba más que nunca sus visitas á su futura (pág. 444)



Anticipándose al porvenir, los jóvenes esposos ormaban ya proyectos sobre aquellos niños

IV

Vivían ahora en Versailles, muy retirados, salían poco y apenas recibían visitas. La luna de miel brillaba en su cielo, iluminando aquella pareja completamente feliz.

Gilberto iba á verlos algunas veces, invitado en las grandes circunstancias: una de éstas fué el nacimiento de Juana de Cabrol, ocurrido al año siguiente del de Guy.

El bautismo de este último, que en su calidad de heredero del nombre colmaba las justas aspiraciones de la familia, fué motivo de magníficas fiestas, y casi en la misma época Pedro ascendió á teniente. Así, pues, todo le sonreía, y atendido su género de vida, tranquila, formal y consagrada toda ella á su esposa, parecía digno de tal felicidad. Había cumplido su promesa, reformando su conducta.

Pero ¿no estaría solamente en la superficie la placidez de este interior? ¿No se violentaba Pedro para amoldarse á este nuevo género de existencia, tan poco parecido á la antigua? ¿No se rebelaba sordamente en sus adentros?

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUÍMICA RECREATIVA

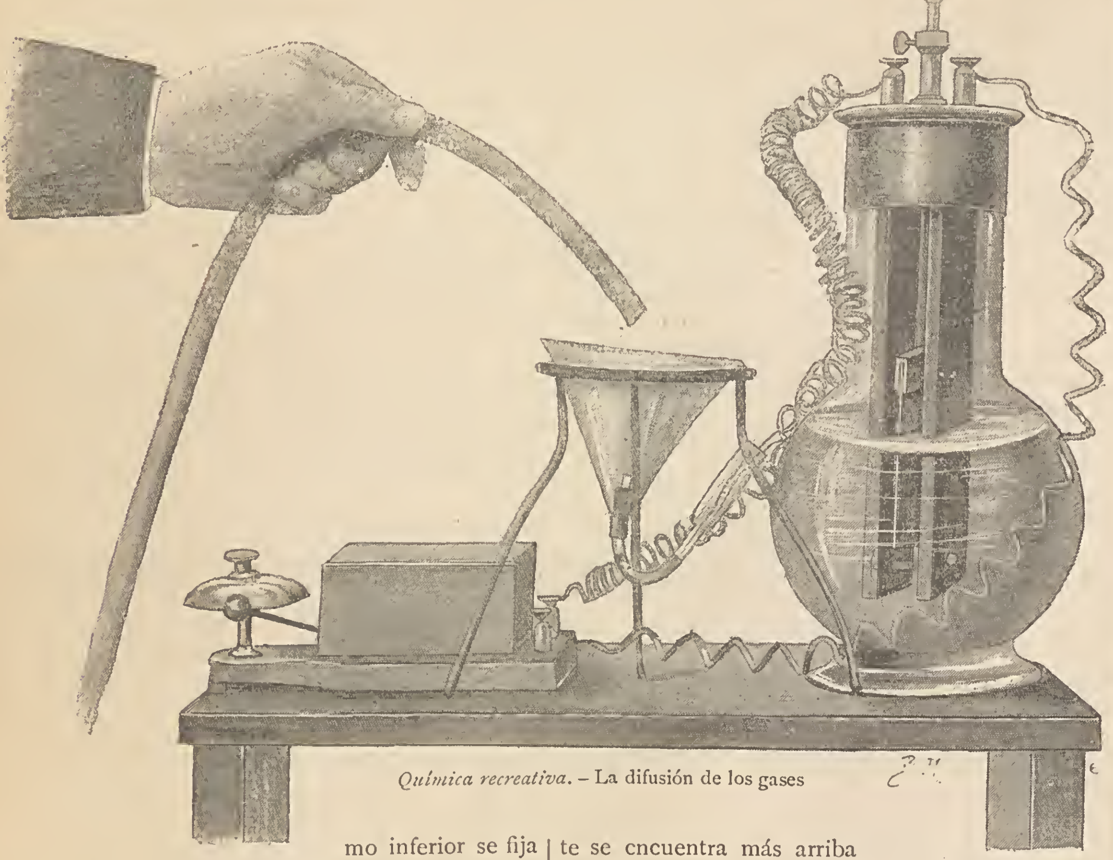
LA DIFUSIÓN DE LOS GASES

Un buscafugas de fácil construcción. – Tómese una plancha porosa, que se puede obtener aserrando el fondo de un vaso de pila, y ajústese con un poco de cera á un embudo de cristal sin tubo en cuyo extremo inferior se fija un tubo encorvado y algo más ancho en su parte superior. En este tubo se introduce un poco de mercurio y se colocan dos hilos de platino que no deben estar en contacto y de los cuales uno se sumerge en el mercurio, quedando el otro un poco más arriba de la superficie de éste. Estos dos hilos están en comunicación por medio de conductores ordinarios, el uno con uno de los polos de una pila al bicromato y el otro con una de las bornas de un timbre: otro conductor une la segunda borna de éste con el otro polo de la pila.

En estas condiciones el timbre no suena, pues el circuito está interrumpido porque los dos hilos de platino no están en contacto; pero si este pequeño aparato se coloca en un sitio en donde haya una fuga de gas, éste, al atravesar la plancha porosa, aumenta la presión, el mercurio sube y toca el segundo hilo, quedando entonces el circuito, por ser el mercurio conductor, y funcionando el timbre sin interrupción.

Palpablemente puede demostrarse esto aplicando un chorro de gas del alumbrado sobre la plancha por medio de un tubo de caucho, como se puede ver en nuestro grabado.

En algunas minas se han colocado aparatos para advertir la presencia del grisú fundados en ese principio.



Química recreativa. – La difusión de los gases

Construcción de un pequeño motor de difusión. – Hace algunos años, Woodward presentó á la Sociedad de física, de Londres, un pequeño motor original basado en la difusión. He aquí una modificación de este aparato, que aun cuando no ofrece utilidad, no por esto deja de ser curioso.

Debajo del platillo de una balanza muy sensible se coloca una pipa de tierra cuyo fogón se cierra con un tapón de corcho no agujereado y á cuyo tubo se ajusta por medio de un enlace de caucho un tubo recto de cristal que se sumerge en un vaso que contenga un líquido colorado. Hácese luego el equilibrio colocando pesos en el otro platillo y se colocan dos tubos por donde circula hidrógeno ó gas del alumbrado á la altura del fogón de la pipa, lo más cerca posible de él. El hidrógeno penetra en la pipa, expulsa una parte del aire en el tubo contenido, el peso del aparato disminuye y la balanza se inclina del lado de los pesos, con lo que sube el fogón de la pipa, que de esta suerte se encuentra más arriba de los chorros de hidrógeno. Este gas sale entonces de la pipa mucho más de prisa que entra el aire, produciendo un vacío parcial, y el líquido colorado sube por el tubo de cristal aumentando el peso del conjunto del aparato, que por consiguiente desciende. Entonces el fogón vuelve á encontrarse delante de los tubos que conducen el hidrógeno y á expulsar el agua del todo de la pipa y así sucesivamente, obteniéndose de esta suerte un movimiento continuo mantenido por los cambios de presión gaseosa en el interior de la pipa. Este aparato no puede, sin embargo, ser de ninguna utilidad porque en su funcionamiento se producen muchos roces y hay muchas pérdidas de energía, proporcionando muy poco trabajo para la fuerza que lo produce.

Modo de conocer si una tela es impermeable. – Si se hincha con gas carbónico ó con hidrógeno uno de esos globos de goma que tanto entretienen á los niños y se le suelta al aire, no tarda en deshincharse, pues el gas de que está lleno atraviesa fácilmente sus paredes; y ¡cosa extraña! el gas carbónico, que es mucho más denso que el hidrógeno, atraviesa con más facilidad que éste el caucho, contra lo que sienta la ley de Graham. La difusión al través de las substancias colóideas obedece, en efecto, á una ley especial, habiéndose fundado en este hecho un procedimiento de análisis de las mezclas gaseosas, que lleva el nombre de *atmolisis*. El oxígeno pasa dos veces más de prisa que el ázoe al través del caucho. Si se hace pasar aire atmosférico á través de una gran cámara cuyas paredes sean de caucho y en cuyo interior se haya hecho parcialmente el vacío, obtiénese un gas que contiene cerca de 41 por 100 de oxígeno y que puede ser ventajosamente empleado en la metalurgia.

Esta fácil difusión de los gases al través del caucho permite también reconocer si una tela es impermeable: para ello se toma un tubo de lámpara que se cierra sólidamente en su extremidad ancha con la tela que se quiere probar: hecho esto, se le llena de hidrógeno por desplazamiento de agua y se le coloca en un vaso que contenga un líquido colorado: si el hidrógeno pasa al través de la tela, el líquido sube por el tubo tanto más rápidamente y hasta tanto más arriba cuanto menos impermeable es la tela.

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustrée*)

***

ARTIFICIOS DEL TEATRO

ESCAMOTEO DE UNA MUJER. – LAS TELAS LUMINOSAS

El artificio llamado el *Palanquín* produce toda la ilusión de un juego de manos: una de las heroínas de la comedia se presentaba en una litera conducida por cuatro esclavos (fig. 1) y cuyas cortinas se cerraban en un momento dado, y al descorrerse de nuevo, la actriz había desaparecido, á pesar de que el vehículo estaba completamente aislado sobre las espaldas de los que lo llevaban.

He aquí cómo se realizaba el escamoteo: las cuatro columnas dispuestas en los cuatro ángulos del aparato eran huecas y llevaban en su extremo superior una polea por la que pasaba una cuerda. Las cuatro cuerdas estaban atadas por un extremo á los cuatro ángulos de un doble fondo que cubría el suelo de la litera y por el otro á un contrapeso disimulado en el techo. Cuando se descorrían las cortinas, los que llevaban el palanquín soltaban los contrapesos, que deslizándose por el interior de las columnas hacían subir el doble fondo que con la actriz quedaba oculto en la bóveda del techo: acentuando por medio de la pintura las sombras de las molduras de las columnas y de la bóveda, el aparato tomaba un aspecto de ligereza que engañaba al más desconfiado espectador.

Otro artificio se emplea en *Piel de asno* para producir las telas color de sol, color de luna y color de tiempo: varios comparsas aparecen dejando en el suelo tres cofres cuyas tapas al abrirse descubren las telas de los colores indicados.

El fondo de cada cofre B (fig. 2) puede abrirse sobre un escotillón A, y por medio de una caja de luz eléctrica C se dirige un potente foco sobre la tela ligera y transparente que la inunda de color, la envuelve y forma cuerpo con ella. Para el color de sol se emplea una luz amarilla muy viva; para el de luna una luz blanca y una tela blanca ligeramente azulada, y para el del tiempo luz azul y una tela de tarlatana azul celeste.

Cuando se cierra el cofre por arriba, queda también cerrado por debajo, el escotillón se cierra á su vez y el foco luminoso se extingue.

(De *La Nature*)

LOS ARTIFICIOS DEL TEATRO

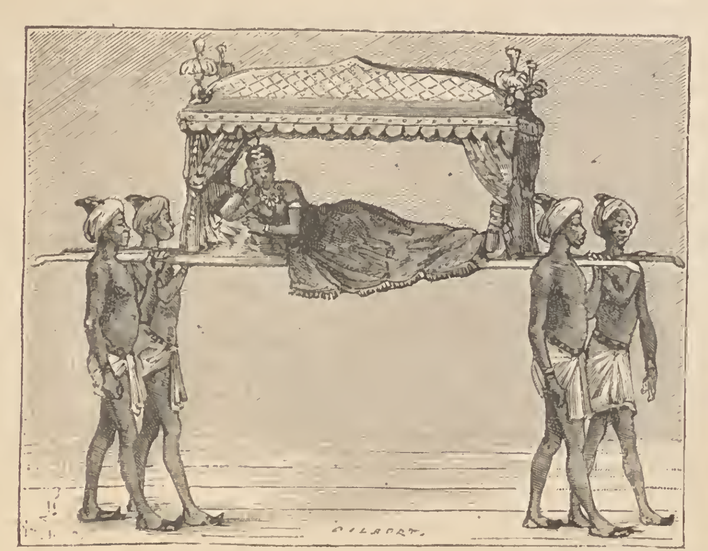


Fig. 1. – El palanquín mágico

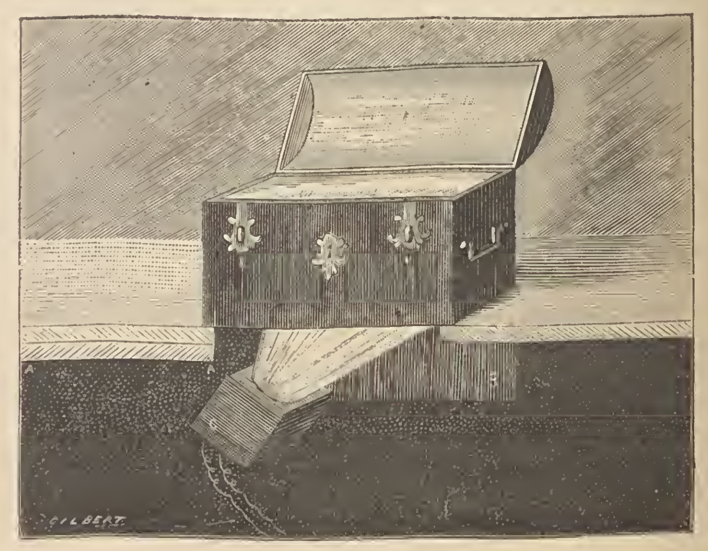


Fig. 2. – Las telas luminosas

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

CLAMORES DEL OCCIDENTE, *por D. Numa P. Lloma.* – Con este título ha publicado el distinguido poeta ecuatoriano Sr. Lloma, de Lima, cuatro voluminosos tomos de poesías, que son otras tantas series de los *Clamores de Occidente.* Titúlanse éstas «Cien sonetos nuevos,» «Interrogaciones.— Poemas filosóficos,» «Himnos, dianas y elegías. – Poemas patrióticos y religiosos» y «De la penumbra á la luz. – Poesías amatorias y diversas.» Sentimos que los límites reducidos de esta sección no nos permitan extendernos sobre lo mucho bueno que contienen las obras del Sr. Lloma, las cuales, como sus respectivos títulos indican, abrazan los distintos géneros que admite la poesía, tratados todos en armoniosos é inspiradísimos versos, que son poderosísimo argumento contra los que en mal hora abogan por la desaparición de la forma poética. Sólo diremos que el Sr. Lloma, miembro correspondiente de la Real Academia Española, ha merecido entusiastas plácemes de los primeros poetas españoles, como D. Gaspar Núñez de Arce, D. Manuel Tamayo y Baus y otros de los más ilustres vates y escritores americanos: á estos votos de calidad unimos nuestras sinceras, aunque humildes felicitaciones.

* * *

COLECCIÓN DE LIBROS QUE TRATAN DE AMÉRICA RAROS Ó CURIOSOS.—Dos tomos lleva publicados la empresa que en Madrid ha tenido la feliz idea de reimprimir las obras de los autores españoles de los siglos XVI y XVII referentes á América, cuyas primitivas ediciones pueden considerarse como perdidas por lo raros que han llegado á ser sus ejemplares. Son dichos tomos: la «Verdadera relación de la conquista del Perú,» por Francisco de Xerez, y el «Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas,» por el P. Cristóbal de Acuña, y ambos están reimpresos según las ediciones originales de Sevilla (1534) y Madrid (1641) respectivamente.

A éstas seguirán otras obras no menos raras é interesantes.

* * *

LAS ENFERMEDADES DE LA VID, *por Pedro Viala; traducción de don Rafael Janini.* – Interesantísima por muchos conceptos es la cuestión que con su reconocida competencia estudia en esta obra el ilustre profesor de viticultura del Instituto agronómico de Francia M. Viala. Comprendiéndolo así y considerando la gran importancia que para nuestro país especialmente tiene cuanto con la producción vinícola se relaciona, el conocido editor de Valencia Sr. Aguilar ha publicado una excelente traducción del libro, hecha por D. Rafael Janini, distinguido ingeniero agrónomo y director de la estación de Ampelografía americana de Valencia, quien no se ha limitado á verter al castellano esa obra, sino que la ha enriquecido con multitud de interesantes notas y completado con las enfermedades producidas por insectos. Además, el libro contiene un notable estudio de los aparatos de tratamiento de la vid por Pablo Ferrouillat, profesor de Mecánica agrícola de la Escuela nacional de Agricultura de Grignón.

Esta obra, sin duda la más completa de cuantas hasta ahora sobre esta materia se han publicado, forma un tomo de 580 páginas y contiene más de 226 grabados y 9 preciosas cromolitografías. Véndese al precio de 10 pesetas en casa del editor, calle de Caballeros, 1, Valencia, y en Barcelona en la librería de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



¡DESAMPARADOS!, escultura de D. José Montserrat (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

* * *

TRATADO DE QUÍMICA BIOLÓGICA, *por Ad. Wurtz, versión española con adiciones de D. Vicente Peset y Cervera.*—Se ha publicado el cuaderno quinto de esta importantísima obra que edita D. Pascual Aguilar, de Valencia. Lo que de ésta hemos dicho en anteriores números nos releva de hacer de ella nuevos elogios.

Suscríbese al precio de una peseta el cuaderno en casa del editor, calle de caballeros, 1, Valencia y en Barcelona en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.*—Los cuadernos 24 y 25 de esta interesantísima obra últimamente publicados contienen, además del correspondiente texto, cuatro hermosas fototipias que representan: la bóveda del atrio de la Pabostría (catedral de La Seo), la portada del palacio de los Lunas, el relicario de la catedral de La Seo, y Hércules vencedor de Neso (grupo romano en bronce, propiedad de D. Pablo Gil y Gil).

Suscríbese en Zaragoza, Contamina, 25, 3.° y en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* * *

NUEVE MÚSICOS CLÁSICOS Y SEIS ARTISTAS ESPAÑOLES, *por D. Enrique Sánchez Torres.*—Del mismo autor del folleto «Massini,» de que nos ocupamos en un número anterior, es este nuevo estudio, en que con tanta competencia como amenidad de forma se trata en breves pero substanciosos capítulos de las siguientes celebridades artístico-musicales: Beethoven, Mozart, Haydn, Wagner, Chopin, Mendelssohn, Schumann, Gluck, Gayarre, la Cepeda, Matéu (Uetam), Labán, Goula y Sarasate.

El librito merece leerse y proporciona grata distracción y enseñanza por los curiosos datos que contiene y los juicios que en él se emiten.

Este folleto, editado por la Biblioteca Universal del filarmónico, se vende en las principales librerías y establecimientos de música.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN